

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

manguis



erein

manguis

19

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Marzo de 2016

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Paco Gómez Escibano

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-085-4

D.L.: SS - 373/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

manguis

erein

1



Pedro Torrero abandona sigilosamente la oscuridad del portal que ha elegido para ocultarse. Si lóbrego es el pequeño e inhóspito habitáculo en el que ha permanecido agazapado, más tenebrosa aún es la calle en una noche sin luna de un barrio sin alma, una calle sin más luz que la que se proyecta desde alguna que otra ventana de algún vecino con insomnio. Lo de las farolas, las calles asfaltadas y las aceras queda para los barrios normales, porque la normalidad, tal y como suele entenderse, nunca elige las calles de un barrio siempre teñido de miseria y amargura.

El objetivo de Pedro es preciso, alguien ni mejor ni peor que él, alguien cuyos intereses chocan con los suyos. Intereses oscuros que traspasan la línea entre la legalidad y la ilegalidad. En todo caso, son los intereses de Pedro, ya que él ha llegado primero, y eso en el barrio se respeta..., hasta que alguien infringe la norma no escrita, y eso

se paga. Pedro “el Torre”, por lo de su apellido, está allí para cobrar. El precio: la vida de “el Huevo”, que es quien ha cruzado la línea a pesar de todos los avisos, a pesar de conocer las normas perfectamente.

—¡Eh, Huevo! —grita el Torre al llegar a un descampado oscuro lejos de miradas curiosas después de seguir pacientemente a su objetivo—. ¡Defiéndete! —dice abriendo su navaja de cabrero.

El ruido de los muelles de la chaira hiela la sangre del Huevo que, aun a pesar de saber que el Torre se la tiene jurada, no espera enfrentarse a él tan pronto ni de esa manera. En los pocos segundos que tiene antes de buscar su propia navaja en el bolsillo piensa en la muerte, piensa en que es demasiado joven para morir, y eso desactiva en cierta medida sus reflejos. Siente, quizás por primera vez en su corta vida, miedo, un miedo insuflado sin duda por las palabras, el rictus y la determinación que percibe en el Torre.

Este le enfrenta con rostro imperturbable, duro, desafiante. En una mano el corte, en la otra la chaqueta. Cuando el Huevo abre su navaja, el Torre le embiste con todas sus fuerzas, pero el otro le esquiva. La hoja de la navaja pasa a un centímetro de su cuello.

—¡Torre, colega, espera! ¡Podemos arreglar esto hablando!

—¡Defiéndete, Huevo! —contesta el Torre con la misma tranquilidad con la que se pudiese encender un cigarrillo. Las cosas ya estaban habladas y más que habladas—.

Defiéndete, Huevo –repite–, defiéndete como un hombre. No me vengas con mariconadas ahora que...

Al Torre no le da tiempo a terminar la frase. El Huevo le lanza una puñalada a traición que le corta el antebrazo. Después, sonrío como una hiena, con una expresión de Judas que al Torre no le hace ninguna gracia.

Primero amaga, y cuando su contrincante está reponiéndose del engaño le asesta una *mojá*, como dicen en el barrio, en el abdomen. El Huevo no siente nada. Se le congela la sonrisa en el rostro primero, después pone cara de no creerse lo que está pasando. Tapa el agujero del estómago del que mana la sangre a borbotones con su mano izquierda, y con la derecha, como un animal acorralado, empuña su navaja, y empieza a lanzar cuchilladas al aire con más esperanza que precisión. En una de ellas, aprovechando la inercia de su adversario, el Torre le clava la navaja en el cuello. El Huevo suelta su arma y se lleva la mano a la nueva herida, mira al Torre y después cae al suelo como un fardo. Su cuerpo queda allí tirado bajo la negrura de la noche, sobre un mar rojo de sangre.

El Torre le da una patada en la cara. Después limpia su navaja en el pantalón del cadáver del Huevo, la cierra, la guarda en el bolsillo y se aleja por un callejón como una sombra que se difumina más y más a medida que se aleja de la escena del crimen.

Ya en su casa, se cura la herida del brazo con agua oxigenada y él mismo se da tres puntos con una aguja de coser.

Luego embadurna la herida con mercromina y se la venda. Aún se echa una copa de anís Chinchón y se fuma un pitillo antes de meterse en la cama.

Después de dormir a pierna suelta toda la noche, el Torre baja a tomarse su carajillo matutino a la bodega del Mirlo, apodado así porque hay quien dice que cada vez que la policía le interroga canta por soleares. El Mirlo no despierta simpatías, pero no hay otro garito en un kilómetro a la redonda. Le han dado tantas palizas que le han dejado cojo y en una de ellas ha perdido un ojo. Por eso también es apodado “el Tuerto”.

En la bodega del Mirlo se hacen trapicheos de todas clases. Se pueden vender y comprar toda clase de cosas robadas. Si necesitas una pistola, el Mirlo te la consigue, aunque no es aconsejable hacerlo, porque seguramente es una *pipa* marcada. Su negocio, en este sentido, también choca con el tinglado del Torre, pero este lo permite porque el Mirlo, al fin y al cabo, es un buscavidas que vive en el barrio desde siempre y porque comparado con su negocio, lo del Tuerto es un simple menudeo. El Torre suelta un «buenos días» de cuajo, con la voz grave del que agudiza el tono a base de cazalla y anís. Y el Mirlo, que teme al Torre como a la mala hierba, le hace incluso una reverencia antes de servirle su carajillo.

El Torre había llegado al barrio años atrás. Después de tener problemas en su pueblo natal, un villorrio de Cuenca que no venía ni en los mapas, se montó en un tren sin más

posiciones que la ropa que llevaba puesta y una tartera con un trozo de tocino. Al llegar a la estación de Atocha, entró en un bar en donde conoció a un paisano que le invitó a un vino a cambio de compartir el tocino. Este se compadeció del Torre al recordar que dos años atrás él mismo había llegado en las mismas condiciones y le propuso ir a trabajar a la fábrica en la que se ganaba la vida, un barracón en Canillejas en donde hacían y envasaban jabón. Esa noche acabaron borrachos, precisamente en la bodega del Mirlo, y el Torre acabó durmiendo en una especie de establo junto a otras veinte personas en similares circunstancias que las suyas. Cuando a las seis de la mañana su compañero le despertó, empezó a arrepentirse de haber dejado el pueblo.

Pero se levantó.

Se levantó y se lavó la cara y los sobacos junto a otros tipos en un bidón metálico oxidado con un agua más fría que su alma.

En la fábrica de jabón duró una semana, eso no era para él. Y, más tarde, del establo pasó a meterse en uno de los cuchitriles de la UVA¹, un refugio que ocupaba un viejo que murió de viejo. Al Torre no le fue fácil hacerse con la vivienda, ya que había muchos esperando que muriera el abuelo. Pero le dio una patada a la puerta y cuando vinieron a pedirle cuentas se plantó enfrentando a gitanos

¹ Unidad vecinal de absorción compuesta por barracones con techo de ura-lita que, en teoría, ocupaban familias en espera de piso. Lo cierto es que en la mayoría de los casos, los barracones se convertían en viviendas permanentes, constituyendo focos marginales de delincuencia.

y quinquis con un revolver Astra 960 que algún madero estaría echando en falta.

No hicieron falta disparos.

Bastó una breve conversación y la mirada fría del Torre para pasar a ser un vecino más, y de los más respetados. Eso y que don Pepe, el patriarca del clan de los Vargas, subió el corto tramo de escaleras que llevaban al *chabolo* y le puso al Torre la mano en el hombro asintiendo. No hubo más que hablar.

Unos días antes, el Torre volvía de hacer un negocio y algo le llamó la atención. Primero fueron unos gritos, después unos movimientos. Al acercarse descubrió a tres yonquis de unos dieciocho o veinte años que ni siquiera eran del barrio zarandeando a un chaval de unos doce. Uno le arrancó una cadena de oro del cuello. Otro, le quitó una esclava de oro macizo y el tercero pretendía apuñalarlo con un estilete. El Torre no lo pensó. Fue rápido. Abrió su navaja y rebanó el cuello del yonqui que iba a matar al crío. Uno de sus colegas, el que había cogido la esclava, se agachó a por el estilete y se lo clavó al Torre en el muslo antes de que este le hundiera su navaja en el corazón. El tercero salió corriendo y nadie volvió a verle. Los yonquis quedaron allí tirados sobre un charco de sangre. El crío recuperó la cadena y la esclava y el Torre agarró al chaval de la mano y lo llevó a su casa. Cuando el Chano, así apodaban los Vargas al hijo de don Pepe, contó lo que había hecho el Torre, el patriarca le dio las gracias, la mano y una copa de

brandy Veterano. Las gitanas limpiaron y curaron la herida mientras que una partida del clan fue a recoger los cuerpos de los yonquis del descampado que acabaron despiezados y quemados en uno de los bidones de gasolina que utilizaban para hacer las hogueras.

Por estas y por otras cosas, el barrio tenía la fama que tenía.

Por estas y por otras cosas, ni la policía quería entrar allí.

En la bodega del Mirlo, Juanito Valderrama canta “El emigrante”. Su voz suena estridente a través de una radio antigua con varias capas de grasa y humo de tabaco. Que el Mirlo es un bocazas lo saben todos menos él. Podría haber puesto el carajillo al Torre y haber seguido con sus ocupaciones o, sencillamente haber callado. Pero no sabe hacerlo.

—Han *encontrao* muerto al Huevo cosido a puñaladas —dice mirando al Torre con su único ojo sano.

El Torre bebe un sorbo de su carajillo. Después enciende un pitillo que extrae de su cajetilla de Celtas cortos y le echa el humo en la cara, mirándolo como si el Mirlo hubiera orinado sobre la tumba de su padre. Luego hace el ruido característico de quien va a expectorar y escupe un gargajo verde en una papelera metálica que hace las veces de escupidera. El sonido del escupitajo al chocar con el fondo de la lata hace no solo que el Mirlo recule, sino que los pocos clientes que hay en el tugurio bajen sus miradas, hasta ese momento pendientes de captar el gesto del Torre al contestar al Mirlo.

Nadie quiere problemas con el Torre. Y todos saben que el Huevo ha querido meter mano en sus negocios sucios. Así que si está muerto será porque se lo ha buscado. Desde ese momento, ningún hombre volverá a hacer mención de la muerte del Huevo en presencia del Torre.

La última vez que ambos hombres se habían visto había sido precisamente en el garito infecto del Mirlo, tres días atrás. El Torre, aprovechando la hora del aperitivo del domingo, con la bodega llena, se había llevado al Huevo al fondo de la barra y le había lanzado una advertencia.

La última advertencia.

—Mira, Huevo —le había dicho mirándole a los ojos—, te lo he dicho ya muchas veces. En el barrio soy yo el que compra las cosas a los chorizos y el que les pasa la mierda. Me estás haciendo perder mucha pasta y, lo que es peor, no muestras respeto. Te lo digo por última vez: no hagas negocios con mi gente, dedícate a otra cosa.

—¡Ni que el barrio fuera tuyo! —había contestado el otro—. Yo solo me busco la vida. Además, hay sitio para los dos —continuó diciendo pensando que pasado un tiempo podría quitarse de en medio al Torre y ser él el dueño y señor del negocio—, así que, no seas avaricioso.

Le faltó añadir “viejo”, ya que el Huevo tiene veinticinco años y el Torre es quince años mayor. Después escupió al suelo, acertando en el palmo de baldosa que les separaba. Y entonces fue cuando el Torre supo que tenía que matarlo.

El Torre paga el carajillo y sale a la calle. Enciende un pitillo y se pasea tranquilamente, con ese andar cansino que es más una pose que una realidad. Su mirada felina pasea por los descampados y los terraplenes, descansando de vez en cuando en las ratas que se pelean por romper las bolsas de basura, en los perros callejeros, que holgazanean al sol, o en los niños que dan patadas a un balón de goma. Luego de ver la miseria que se distribuye uniformemente por todas las esquinas, se dirige a un caserón destartado que forma parte de su entramado delictivo. Mete la llave en la cerradura y abre la puerta. Huele a tabaco y a humanidad. Angelito, su hombre de confianza en el puticlub Venus, seca vasos tras la barra en la penumbra.

—Buenos días, jefe —dice.

—Buenos días. ¿Qué tal la noche?

—Como siempre, jefe, las chicas ahora duermen. No ha habido mucho jaleo y además la pasma ha venido para llevarse lo suyo.

—¿Cuánto hemos hecho?

El Torre pone toda su atención en emplear la misma precisión fonética que un robot de los que salen en las películas, un tono flemático acompañado de sus fríos ojos azules entornados y de la línea recta que componen unos labios finos bajo ese bigote suyo que parece dibujado con tiralíneas. La mueca acojona bastante a quienes intentan sostenerle la mirada. Él lo sabe y se aprovecha de la circunstancia.

Angelito le dice la cifra y le larga un fajo de billetes. el Torre asiente con gesto serio y guarda el dinero en el bolsillo interior de su chaqueta después de darle mil pesetas a su lugarteniente.

–Esto es para ti –dice mostrándole un billete doblado sostenido entre sus dedos índice y corazón.

–Gracias –contesta el otro con respeto, casi con veneración, rozando el miedo.

El Torre le pide una copa de anís Chinchón y se sienta al final de la barra perdido en sus pensamientos.

–Sigue a lo tuyo, Angelito.

–Sí, jefe.

Tras encender un cigarrillo pasea su mirada por el cochambroso local, edificado ilegalmente sobre lo que fue un antiguo establo donde un pastor guardaba sus ovejas. El Torre le vio posibilidades en cuanto el pastor se jubiló y se lo ofreció por cuatro duros antes de largarse a morir a su pueblo. Él no mostró ningún interés en adquirirlo.

–¿Y para qué quiero yo un establo, abuelo? –le preguntó con indiferencia a pesar de que ya había decidido comprarlo.

–Lo puedes utilizar de almacén o hacerte una casa –contestó el otro en tono de súplica.

El caso es que ante la fingida indiferencia del Torre, el pastor rebajó el precio a la mitad tras una larga tanda de regateos. Y el nuevo dueño contrató a una cuadrilla de albañiles para edificar dos plantas en plan rápido, no fuera

a ser que los del ayuntamiento pararan la obra. La rapidez y un certero soborno no solo consiguieron edificar una casa precaria, sino que la municipalidad reinante le extendiera un título de propiedad legalizado.

No obstante, a esas cuatro paredes les hace falta una mano de pintura y un arreglo del tejado. Nada que no pueda esperar todavía un tiempo –concluye el Torre–. Al fin y al cabo los clientes que acuden allí van a lo que van, y por los precios tampoco pueden esperar un puticlub de lujo.

No, el club Venus no es un puticlub de lujo.

Nunca lo será.

La siguiente visita es a los billares. Fue el primer local que el Torre compró tras un par de años de buscarse la vida por el barrio. Al anterior dueño lo metieron en la cárcel. Un tipo irascible que en una redada no supo controlarse y empujó a un madero con la mala suerte de que este fue a desnucarse contra el futbolín. A la mujer del preso no le quedó más remedio que vender y marcharse al pueblo con sus cinco churumbeles viendo truncado su sueño de una vida mejor en Madrid. Y podía dar gracias por tener un pueblo al que regresar, otros no tenían ni eso.

Los billares los lleva el Trompa, apodado así por su larga nariz de la que siempre cuelga una gota de sudor. El Torre le había empleado por amistad y porque el tipo había sido represaliado en la *trena* después de la guerra por rojo. Así que el Trompa es manco de la mano izquierda y tiene amputada la pierna derecha a la altura de la rodilla, aunque

camina con bastante agilidad apoyándose en una muleta de madera en la que apoya la axila. De hecho, cuando el Torre entra en el local, el Trompa persigue a un chaval de unos quince años hasta que lo acorrala en un rincón entre un futbolín y una mesa de billar. Sin mediar palabra, le atiza con la muleta en la cabeza.

—¡Si vuelves a mangarme cigarros te capo, cabrón!

El chaval echa a correr en cuanto ve la oportunidad, pasando por delante del Torre con una cara de acojone de las de reglamento.

El Torre sonrío, pero solo lo necesario.

—Qué hay, Trompa.

—Ya ve, jefe. A estos cabrones si no los mantienes a raya...

—Bien, Trompa, eficaz, como siempre.

—A la fuerza ahorcan, jefe. ¿Vamos a la oficina?

—Tú primero.

La oficina es un cuchitril de unos diez metros cuadrados con una ventana desde la que se puede controlar el local cuando el Trompa está dentro. El encargado de los billares se sienta frente a la única mesa que hay, llena de migas de pan, de quemaduras y de marcas de vasos. El Torre lo hace frente al Trompa. Este saca unos papeles, se ajusta unas gafas de miopía aguda y repasa con el dedo unas cuentas que seguro solo entiende él. Luego le explica a su jefe aspectos relativos a la recaudación, reparación de máquinas y gastos de mantenimiento para, por último, pasarle un fajo de billetes.

El Torre se enciende un pitillo y cuenta por encima la recaudación como quien maneja una baraja de naipes.

–Esto es poco, Trompa, y lo sabes.

–Lo sé, jefe, lo sé, por eso le he *explicao* el tema de los gastos. Algún maricón rompió el tapete de una de las mesas de billar y no he podido averiguar quién ha sido. También ha habido que arreglar dos futbolines y una máquina. Y luego está lo de la inundación de la semana *pasá*, que como no hay seguro...

–No me cuentes penas...

–Ya vendrán mejor *das*, jefe.

–Eso espero. Anda, llámame al Rata y al Cabezón.

–Ahora mismo, jefe.

El Rata es un buscavidas de unos veinte años, delgado y desgarrado, cuyos rasgos característicos más importantes son unas orejas de soplillo desproporcionadas y unos dientes incisivos superiores grandes e inclinados hacia delante que le impiden cerrar la boca del todo. Por eso también es conocido como “el Palas”. Es un tipo extraño porque a pesar de haber estado entrando y saliendo de correccionales toda su vida se ha mantenido a raya, nunca ha querido probar la heroína, pero es el único palo que no toca. Si el Rata fuera a la consulta de un psicólogo, cosa que no ha hecho ni hará nunca, este dictaminaría que su personalidad tiene rasgos psicopáticos, pero eso en el barrio es más bien una virtud. Una vez infló a hostias a un chico del barrio porque el otro, no contento con matar

a un perro callejero, lo había torturado antes. El chico estuvo en coma dos meses, y el Rata en un correccional un año. Al salir, tras un año relativamente tranquilo entre pequeños robos, borracheras y algún que otro trapicheo con drogas, apuñaló a un tipo en la calle y lo metió en un contenedor de basura. Ese *marrón* no se lo comió. Con el tiempo se había hecho un tipo escurridizo, experto en evitarse *marrones*.

Aquel tipo entró en un piso y asestó setenta puñaladas a una anciana para robarle dos mil pesetas y un collar de bisutería. El Rata se enteró y no le sentó nada bien, ya que la vieja era su vecina y le daba caramelos cuando era pequeño. Al Rata no le gustaban las injusticias aunque quizás, solo quizás, tengamos que reconocer que su criterio a la hora de calibrarlas no sea el mismo que el de un ciudadano corriente. Al Rata, en cuanto algo no le cuadra, actúa, y le importan un carajo las consecuencias.

El Cabezón es algo mayor que su colega, bajo de estatura y con una cabeza demasiado voluminosa, sostenida por un apenas desarrollado cuello. Sin embargo, su mirada es torva y sus pupilas apuntan para arriba en vez de al frente. También es conocido como “el Miracielos”. El Cabezón tampoco se pincha porque desde siempre le han dado miedo las agujas, pero conoce todos los demás vicios al dedillo. Ambos se conocieron en el colegio y desde entonces son uña y carne. En realidad formaron un trío con otro compañero, el Pitufu, apodado así por su metro y medio de

estatura. Pero este sí descubrió las bondades del caballo a muy temprana edad, siguiendo su vida unos derroteros distintos obligado como estaba a robar para pincharse. Aún se ven por el barrio los tres cuando el Pitufo está libre. Ahora está en la cárcel de Carabanchel.

El Rata y el Cabezón se encargan de repartir la droga del Torre entre los pequeños camellos del barrio y alrededores, que son los que menudean.

Ambos se sientan frente al Torre, que ahora ha ocupado la silla en la que anteriormente estaba el Trompa.

—A ver, alegrarme el día —dice el Torre echándoles en la cara el humo de un nuevo pitillo.

Es el Rata quien habla, ya que de los dos es el más extrovertido.

—Se ha *dao* bien, jefe. La peña solo quiere ponerse —dice sonriendo y, por tanto, enseñando aún más su dentadura repugnante.

—¿Os ha *sobrao* algo?

—Perico —contesta el Cabezón.

—Perico... ¿No lo estaréis cortando vosotros con mierda por vuestra cuenta? Mira que os conozco. Cuando yo os lo doy ya está suficientemente *cortao*. A ver si la basca no os lo va a comprar por eso.

—¡Se lo juro, jefe! ¡Por estas! —dice el Rata llevándose los dedos pulgar e índice a los labios.

—No jures tanto, a ver si se te van a caer los piños esos tan bonitos que tienes.

El Rata se corta y se mira las puntas de los zapatos, y no precisamente porque le importe llevarlas llenas de barro.

—La peña solo quiere jaco, tripis y costo, jefe.

—Pues vuestra obligación es que quieran de todo, y si no, me busco a otros. Así que espabilad. Venga, la pasta.

El Cabezón saca de su bolsillo un fajo de billetes arrugados, los ordena como puede y se los pasa al Torre. Este los cuenta concienzudamente.

—¿Cuánto perico os ha *sobrao*?

—Veinte gramos, jefe.

—Entonces las cuentas están bien. En una hora os espero en mi casa para daros más material.

El Cabezón y el Rata abandonan el cuchitril que hace de despacho. Poco después lo hace el Torre, levantando el mentón ligeramente para despedirse del Trompa, que en ese momento abre un futbolín porque no han salido las bolas. El local está poblado por adolescentes y jóvenes que ya son más viejos que muchos viejos. Muchos de ellos, golfillos drogadictos en su mayoría, morirán antes que sus padres, contradiciendo la ley natural. Pero es lo que hay.

Diez minutos más tarde, el Torre gira la cerradura de su casa en el poblado de la UVA. Deja la chaqueta sobre el respaldo de una silla y se dirige al mueble del salón. Se sube las mangas de la camisa y lo separa de la pared hasta que queda visible en el suelo una trampilla. La abre y se introduce por una oquedad lóbrega apoyando los pies en unas varillas de tetracero descuidadas de alguna obra y modeladas

para hacer de frágiles escalones clavados en la pared. Al llegar al tercer escalón tantea hasta accionar un interruptor de palanca giratoria para encender una bombilla que pende del techo precariamente, sujeta únicamente por un par de cables retorcidos.

El habitáculo, construido a pico y pala por el propio Torre en la más absoluta clandestinidad, hace las veces de escondrijo secreto. Consta de cuatro paredes torcidas hechas toscamente con ladrillos y cemento. El suelo consiste en una lechada de mortero esparcida irregularmente por el piso.

Sin perder el más mínimo tiempo, el Torre manipula la puerta de una caja fuerte que está empotrada en una de las paredes hasta abrirla. Guarda el dinero generado por sus negocios, y se queda con unos billetes para los gastos habituales. De uno de los estantes inferiores, separa una chapa metálica que oculta un doble fondo y extrae jachís, heroína, cocaína y unos sellos de LSD.

Poco después, el Cabezón y el Rata llaman a la puerta del Torre y se sientan frente a una mesa encarando a su jefe, que enciende parsimoniosamente un Celtas Corto.

–Podemos bajar un poco el gramo de perico –empieza a decir el Torre–, pero solo si compran un gramo o más, nada de mierdas de medio gramo.

–¿Cuánto?

–Digamos un diez por ciento.

Como los otros ponen una cara muy rara, es el propio Torre el que realiza el cálculo mental y les dice la cantidad

que hay que rebajar por gramo. Asimismo les alecciona para que vendan bien la coca informando a los clientes de las bondades de la misma frente al caballo.

–Pero solo a los clientes nuevos, los yonquis ya no tienen remedio. Y otra cosa, ya os lo he dicho antes, pero os lo repito: el perico ya está suficientemente cortado, así que no me entere yo de que le metéis más mierdas para ganar más pelas. ¿Estamos?

Ambos asienten.

–Hay un nota que quiere una pipa. Yo le he dicho que tengo un colega que las vende, por si te interesa.

–Has hecho bien. ¿Conoces al tipo?

–No, no le conozco.

–Entonces, entérate de quién es. Si es necesario le seguís, no vaya a ser que sea un secreta.

El Torre acompaña a sus camellos hasta la puerta y allí se queda echando humo mientras se recrea apoyado en una barandilla que cerca una especie de pequeño patio frente a su *chabolo*. Allí están todos, gitanos y payos, niños y mayores. Sobre la pared de otra vivienda cercana se apoya un colchón de muelles nuevo, sin duda descuidado de alguna tienda o de la casa de algún incauto. Allí conviven personas y animales, pues por el patio central de la parcela lo mismo corren cerdos que gallinas que burros. El griterío evidencia un bullir de vida muy parecido al de cualquier ambiente rural. Solo que eso no es un pueblo, sino uno de los mayores enclaves chabolistas de la zona,

en la periferia, sí, pero en la periferia de Madrid, de la capital de un país que inicia la década de los setenta coleccionando incertidumbres.

El Torre rememora tiempos pasados en su pueblo. Tiempos de hambre y miseria en los que cazaba y desollaba gatos callejeros para después escabecharlos. Sonríe al recordar cómo los guardaba en botes y los escondía en el tejado, lejos de sus hambrientos hermanos, para cuando apretara el hambre.

Recordó a su padre volviendo cada día de trabajar sucio y harapiento a la casilla de camineros que habitaban. Cuando había suerte, su madre ponía dos huevos en la mesa: uno para padre, «...que para eso es el que trabaja...» y otro para los cuatro hermanos. Rememoró las palizas de su madre cuando solo por hambre mataban algún conejo o alguna gallina sustraído del corral en su ausencia y él, como hermano mayor, lo cocinaba para los cuatro con la esperanza de que su madre no se diera cuenta. Pero su madre lo tenía todo contado. Sonríe cuando se acuerda de su hermana, la más pequeña. Siempre que su madre regresaba y habían hecho alguna fechoría repetía como un loro: «No hemos hecho *na*, no hemos hecho *na*...».

Sonríe, sí, con esa sonrisa tan temida en el barrio, aunque en aquel momento habría estrangulado a la estúpida de su hermana.

Allí está él, en su atalaya. Sus padres murieron hace años. Y a sus hermanos no los ve desde hace mucho tiempo.

Allí está él, el Torre, respetado y temido, con más dinero del que nunca había soñado. Pero no el suficiente, porque tiene que seguir trabajando.

Y mientras, sigue soñando. Soñando con retirarse de la mierda de vida que lleva porque cualquier día lo pueden pringar hasta las cejas o meterle un tiro en cualquier esquina; con alejarse de ese estercolero de barrio y vivir en un sitio normal, haciendo cosas normales. Pero para eso falta tiempo. Calcula que le quedan varios años de buscarse la vida y esquivar a la Ley a no ser que pase algo inusual, aunque lo inusual no transite nunca por los descampados del barrio salvo para embestir a quienes pille por delante.

Los vecinos empiezan a hacer hogueras con maderas de palés y de las cajas de fruta. Espachurra el pitillo contra la barandilla y se da media vuelta para entrar en su *chabolo*. Aún tiene un recuerdo efímero para el Huevo. No es compasivo ni de esos que horadan la conciencia.

Es un recuerdo en forma de «...que te den, hijo de puta...».